

« Dos oficiales públicos harán sacrificios por el Estado, y á fin de que estos arcagetas puedan dirigir sus preces al Cielo, sea como particulares, ó bien en nombre de la República, el Estado asignará á cada uno de ellos, el primero y sétimo día de cada mes, una víctima y una cantidad determinada de vino y harina de cebada (1). »

Los sacrificios debían consistir en cosas de poco valor, en razon á que, dice Licurgo, no es conveniente que la pobreza impida á nadie honrar á los dioses (2).

Segun Plutarco, los Romanos al principio no inmolaban animales en sus sacrificios. Numa, que era pitagórico, les habia recomendado que solo ofreciesen á los dioses frutos de la tierra, hogazas de trigo ó cebada, vino, leche, miel y otras cosas semejantes; pero tardaron poco en imitar á los Griegos en los sacrificios y en todo lo relativo á ellos. Así como reverenciaban á un número indeterminado de divinidades pequeñas y grandes, así tenían tambien una infinidad de sacrificios, cada uno de los cuales tenia sus víctimas favoritas. No obstante, sus sacrificios pueden reducirse á tres clases: públicos, que se hacían en nombre y por cuenta de la República, la cual daba las víctimas; particulares, que se ofrecían en nombre de las familias y que los padres cedían á los hijos; extranjeros, que se ofrecían solamente á los dioses de las ciudades y provincias conquistadas cuando los Romanos los habian llevado á Roma. Los sacrificios tomaban el nombre de las ocasiones y sitios en que se efectuaban; así se llamaba *sacrificium ambarvale* el que se celebraba en las fiestas campestres; *sacrificium nuptiale* el sacrificio ofrecido por la esposa, etc.

Aquellos que ofrecían los sacrificios debían presentarse á los altares puros y limpios: antes debían haberse purificado con agua lustral y vestir ropaje blanco: á la cabeza debían llevar una corona de hojas del árbol consagrado al dios á quien iban á adorar. Poníanse en traje de suplicantes, esto es, vestían una túnica larga sin ceñidor, los cabellos sueltos y desnudos los pies. Antes de sacrificar siempre pronunciaban votos y oraciones. Los animales destinados á los sacrificios (*hostiæ* ó *victimæ*) debían ser puros, sin defecto y que jamás hubiesen sido uncidos, para lo cual se elegían solo de entre rebaños escogidos, marcándolos con greda los sacerdotes (3). Adornábanlos con cintas, guirnaldas, flores, y les doraban los cuernos (4). Conducían la víctima al altar los ministros llamados *papæ* con los vestidos remangados, de modo que quedaban desnudos hasta la cintura (5). La cuerda con que se llevaba atado al animal debía permanecer floja, á fin de que pareciese que no se llevaba por fuerza, cosa

(1) XENOPH., *Hist. græc.*, lib. 3.
(2) PLUT., *en Lyc.*
(3) JUVEN., X, 66.
(4) TIT. LIV., XXXI, 54.
(5) SUTTON, *en Catig.*, 32.

que hubiera sido mal presagio: por idéntico motivo lo dejaban suelto delante del altar, de manera que si huía se tenía por siniestra señal. En esta disposición imponíase silencio (1); se tomaba una hogaza salada hecha de harina y miel (2), la cual se rociaba con vino encima de la cabeza de la víctima, derramándose tambien entre los cuernos del animal vino mezclado con incienso. El sacerdote probaba el vino, que luego daba á gustar á los circunstantes, arrancaba de entre los cuernos los pelos más largos y los arrojaba al fuego (3).

El ministro llamado *cultarius* hería á la víctima con una hacha ó un mazo (4) segun disponía el sacerdote, al cual decía: *Ago ne?* respondiendo este *Hoc age* (5). En seguida degollaban al animal con un cuchillo, y la sangre, que se recogía en vasos, se derramaba sobre el altar; luego se desollaba la víctima y la hacían pedazos. A veces se quemaba á la víctima, á cuyo género de sacrificios llamaban *holocausto* (6); pero ordinariamente se quemaba tan solo una parte, dividiendo el resto, que el sacrificador habia partido en muchos pedazos, entre los sacerdotes y el suplicante (7). En cuanío á esto los Romanos observaron los ritos usados en Grecia, de manera que Dionisio de Halicarnaso creyó poder asegurar que eran griegos de origen (8).

Después que los arúspices habian examinado los intestinos, se untaba con miel, vino é incienso la parte destinada á los dioses y se quemaban sobre el altar las entrañas del animal ó se arrojaban á los ríos si el sacrificio se dedicaba á los dioses del mar (9). Terminado este, el sacerdote se lavaba las manos, recitaba ciertas oraciones, hacía nuevas libaciones y se despedía al pueblo con la fórmula *Ilicet* ó sea *Ire licet*.

Los sacrificios á los dioses celestes diferían, en algunos ritos particulares, de los que se ofrecían á las divinidades infernales; porque á los primeros se inmolaban víctimas blancas, criadas á orillas del Clitumno (10), ó sea tierra de los Faliscos (11). Á estas se lavaba la cabeza antes de inmolárlas, el sacerdote les hundía el cuchillo de arriba á bajo, *imponebatur*, y se recogía la sangre en vasos: la víctima ofrecida á los segundos era negra, y antes de inmolárla le hacían bajar la cabeza, la degollaban hundiendo el cuchillo por debajo del cuello, *supponebatur*, y se vertía la sangre en un hoyo.

Los suplicantes que ofrecían sacrificios á las divinidades celestes debían vestir de blanco y

(1) CIC., *Divin.*, I, 45.
(2) VIRG., *En.*, II, 133.
(3) Id., VI, 246.
(4) SUT., *en Catig.*, 32.
(5) OVID., *Tart.*, I, 323.
(6) VIRG., *En.*, VI, 25.
(7) TÁCIT., *Annal.*, II, 14.
(8) Id., VII, 72.
(9) VIRG., *En.*, VI, 232; XII, 1.
(10) JUVEN., XII, 13.
(11) OVID., *Pont.*, V, 8, 41.

purificarse todo el cuerpo, y hacían libaciones levantando la copa con las manos en tanto que oraban. Los que sacrificaban á las divinidades infernales vestían de negro, se purificaban solo con agua, volvían la mano de manera que se derramase la copa á la izquierda, arrojaban después la misma copa al fuego (1), rogaban con la palma de la mano vuelta hácia la tierra, sobre la cual golpeaban con los piés (2). Los arúspices examinaban los intestinos de la víctima (3): si descubrían en ellos señales favorables, declaraban que los dioses aceptaban el sacrificio, y no siendo así, se inmolaba otra ó quizá mas víctimas (4).

El hígado era la parte que con mas atención examinaban los sacerdotes, suponiendo que por él podía conocerse mejor lo futuro (5); lo dividían en dos partes, en una de las cuales descubrían lo que debía suceder al que ofrecía el sacrificio y en la otra lo que acontecería á su enemigo. Cada una de ambas partes tenía un punto llamado *caput* (6), el cual parece que era la protuberancia que se halla á la entrada de los vasos sanguíneos y de los nervios, llamados por los antiguos fibras. Un hígado sin protuberancia ó en que esta se hallase separada de él era un malísimo presagio (7), así como cuando no se hallaba el corazón de la víctima, pues aunque sabían que ningun animal puede vivir sin corazón, creían sin embargo que esta víscera podía faltar alguna vez, como sucedió, dicen, en el sacrificio que ofreció César pocos días antes de ser asesinado, y que era el primero en que se mostró en público vestido de púrpura y sentado en silla de oro (8); por lo cual el arúspice Spurina le aconsejó que se guardase de los idus de marzo. Tambien se examinaba muy escrupulosamente la hendidura ó division del hígado, así como de las partes de este y de las del pulmón (9).

Sacrificio de los Cristianos.

Hablamos aquí en singular porque el sacrificio de la Iglesia cristiana es único, y consiste en el cuerpo y la sangre de Jesucristo, ofrecido é inmolado sobre el altar por ministerio de los sacerdotes, bajo las especies de pan y vino.

Jesucristo muriendo ha rescatado á los hombres de la esclavitud del pecado, para cuyo sacrificio él mismo fué en la cruz víctima y sacerdote. El sacrificio de la cruz llena los cuatro fines de cualquier otro sacrificio, los cuales son: reconocer la autoridad soberana de Dios; implorar su auxilio; darle gracias por sus fa-

(1) SERV., *en En.*, VI, 244.
(2) CIC., *Tusc.*, Q. II, 23.
(3) VIRG., *En.*, IV, 64.
(4) CIC., *Divin.*, II, 38. TIT. LIV., XXV, 46.
(5) PLIN., XI, 37, 5, 75.
(6) LUCAN., I, 621.
(7) CIC., *Divin.*, I, 52; II, 43, 16.
(8) VALER. MAX., 46, 13.
(9) VIRG., *En.*, IV, 6; X, 176.

vores y satisfacer su justicia. El sacrificio eucarístico es la representación simbólica y la repetición incruenta del sacrificio de la cruz. Oigamos las palabras de Bossuet: « El sacrificio de los Cristianos es infinitamente diverso del practicado segun la antigua ley: es un sacrificio espiritual, digno del nuevo pacto, en el cual la víctima presente es vista tan solo por los ojos de la fe; en el cual el hierro es la palabra que separa místicamente el cuerpo y la sangre, en el cual por consiguiente no se derrama esta sangre mas que de un modo misterioso, no entrando en él la muerte sino como una representación. Es, no obstante, sacrificio verdadero porque Jesucristo está verdaderamente contenido y presentado á Dios bajo esta figura de muerte; pero lo es de conmemoración, que lejos de separarnos, como algunos arguyen equivocadamente, del sacrificio de la cruz, nos acerca á él por medio de todas estas condiciones, pues que no solo se refiere todo á él, sino que, de hecho, no es y no subsiste mas que por esta referencia de la cual recibe toda su virtud (1). » Solo los obispos y los sacerdotes pueden ofrecer el sacrificio de la misa: los ministros, que, segun el concilio de Trento, entran en la jerarquía eclesiástica, cooperan mas ó ménos á la celebración de los sagrados misterios.

El sacrificio eucarístico no aplica á los fieles los méritos de la muerte de Jesucristo mas que cuando se hallan animados por sentimientos de fe, de contricción y de caridad. Es necesario que en ellos se haga el sacrificio de un corazón contrito y humillado, sin lo cual ni hebreo ni cristiano podrá jamás ofrecer alguno que le sea provechoso (2).

Sacrificios de víctimas humanas.

La mayor parte de los pueblos han inmolado víctimas humanas. Fenicios, Egipcios, Árabes, Cananeos, habitantes de Tiro y de Cartago, Persas, Atenenses, Lacedemonios, Jónicos, todos los Griegos del continente y de las islas, Romanos, antiguos Bretones, Hispanos, Galos; todos han estado igualmente sumergidos en esta horrible preocupación. Para conseguir el favor de los dioses, el rey de Moab ofreció á su hijo en holocausto sobre los muros de su capital, sitiada por los Israelitas, causando esta acción tal horror en los sitiadores, que al momento se alejaron (3). No puede ménos de sentirse un estremecimiento de horror al leer en los autores tanto antiguos como modernos la descripción de los sacrificios humanos, usados desde los tiempos mas remotos en toda la gentilidad, y practicados aun hoy día en las Indias y en el interior del África. Ignórase quién fué el primero que aconsejó tan atroz barbarie;

(1) BOSSUET, *Exposit.*, etc.
(2) *Psal.* XXXIX, 7, 8; L, 19; *Isaias*, I, 11 y siguientes.
(3) *IV Reg.*, IV, 27.

pero haya sido Saturno, como resulta en el fragmento de Sanconiaton, ó Licaon, como Pausánias parece indicar, es lo cierto que esta costumbre echó profundas y robustas raíces. La inmolación de las víctimas humanas era una de las abominaciones que Moises reprendió á los Amorreos; los Moabitas sacrificaban niños al dios Moloc, cuya cruel costumbre prevaleció entre los Tirios y Fenicios, y los mismos Hebreos la habían tomado de sus vecinos.

De Fenicia pasó á Grecia, de donde la llevaron á Italia los Pelasgos. Plinio afirma que el uso de inmolar víctimas humanas duró hasta el año 95 de J. C. y fué abolido por un senado-consulta del año 657 de Roma; hay pruebas de que se usó aun en los sacrificios de algunas divinidades, entre las cuales se cuenta Belona. Los repetidos edictos de varios emperadores no bastaron para refrenar esta funesta superstición. Plinio asegura haber visto algunos ejemplos de sacrificios de víctimas humanas, prescritos á consecuencia de los versos sibilinos. Los testimonios de César, Plinio, Tácito y otros verídicos escritores no dejan duda de que los Germanos y Galos inmolaron víctimas humanas, no solo en los sacrificios públicos, sino también en los que se ofrecían para la curación de los particulares. Uno de los dogmas establecidos por los druidas era la necesidad de estos sacrificios, fundada sobre el principio de que los dioses no pueden satisfacerse mas que por medio de un cambio, y que el solo precio suficiente para rescatar á un hombre es la vida de otro hombre. En los sacrificios públicos, á falta de delinquentes se inmolaron personas inocentes, y en los privados se degollaban á menudo personas que voluntariamente se consagraban á esta especie de muerte.

Entre los Griegos, aunque mas raramente que en otros países, se hallan sacrificios de víctimas humanas. La fábula de Licaon de Arcadia, convertido en lobo porque había ofrecido á Júpiter uno de estos odiosos sacrificios, atestigua el horror que este uso terrible infundía en los ánimos de los antiguos (1). Los ejemplos que

(1) PAUSÁN., *Arcad.*

de ello pudiéramos referir pertenecen tan solo á los siglos mas remotos (1). Baco tuvo en Arcadia un altar en donde se sacrificaban niñas matándolas á palos; del mismo modo se mataban en Lacedemonia niños sobre el altar de Diana Ostia (2).

Los Romanos segun una antigua ley de Rómulo, llamada *lex proditionis*, consagraban á Pluton y á los dioses infernales las personas reos de diferentes delitos, como la traición y la rebelión, y podía cualquiera matarlas impunemente. Un cónsul, un dictador, un pretor, no solo podía consagrarse á si mismo, sino á cualquier ciudadano que perteneciese á una legión. Estos magistrados tenían derecho para hacerlos degollar como víctimas de expiación (3). Parece que en los primeros tiempos de la República se sacrificaron cada año víctimas humanas (4) pero tan horrible costumbre no se prosiguió desde el año 657, en que fué formalmente abolida por decreto del Senado. Todavía citan los historiadores á dos personas inmoladas como víctimas en el campo de Marte, por los pontífices con todas las solemnidades usadas, y esto en tiempo de Julio César (5). Este hecho induce á creer que el decreto de que Plinio hace mención no se refería mas que á los sacrificios particulares y á los ritos sagrados y mágicos á que alude Horacio (6).

Después que Augusto hubo obligado á Antonio á rendirse en Ferugia, ordenó que se inmolasen como víctimas sobre el altar de Julio César, en los idus de marzo, cuatrocientos senadores ó caballeros partidarios de aquel triunviro (7). Suetonio reduce el número á trescientos (8). Pompeyo había hecho arrojar al mar como víctimas consagradas á Neptuno, no solo caballos, sino también personas vivas (9).

(1) PLUT., *en Chem.*; VIRG., *En.*, X.

(2) CIC., *Tusc.*, Q. II, 14. SENECA., *De Provid.*, IV. STAT., *Theb.*, III, V, 437.

(3) TIT. LIV., VIII, 40.

(4) MACROB., *Satur.*, I, 7.

(5) DIOD., XLIII, 24.

(6) *Epod.*, V.

(7) DIOD., LVIII, 14.

(8) *Aug.*, 15.

(9) DIOD., XLVIII, 43.

NÚM. III

DE LA UNIDAD DE DIOS ENTRE LOS INDIOS

TRATADO

DEL RADJA RAM-MOHUM-ROY.

Este braman que vino á Europa para armonizar las opiniones del Oriente con las del Occidente, haciendo una reseña sobre su vida, escribía á un amigo en 1832.

« Desciendo de bramanes de alta esfera, dedicados desde tiempos muy remotos á los deberes religiosos de su casta hasta mi quinto abuelo por línea paterna, el cual habrá como unos ciento cuarenta años abandonó los ejercicios espirituales por los negocios é intereses del mundo. Sus descendientes siguieron su ejemplo y obtuvieron resultados diversos; unos fueron elevados á los honores, otros cayeron en la desgracia, estos se enriquecieron, aquellos llegaron á la pobreza. Pero mis parientes maternos, siendo del orden sacerdotal por profesión y por nacimiento, y perteneciendo á una familia que no reconocía otra superior, se han consagrado hasta el día á las prácticas religiosas y á la devoción, prefiriendo la paz y tranquilidad del alma á los sueños agitados de la ambición y á todas las adulaciones de la grandeza mundana.

» Por complacer á mi padre, me conformé con las costumbres de mi casta paterna y estudié las lenguas persa y árabe, ambas indispensables para aquellos que van á las córtes de los príncipes mahometanos de la India; mientras que para adaptarme también á las costumbres de mis parientes maternos me apliqué al sanscrito y á las obras de teología escritas en este antiguo idioma.

» Tenía cerca de diez y seis años cuando compuse una obra que ponía en duda la validez del sistema idolátrico de los Indios, y que comenzó á entibiar mis relaciones con mis mas próximos parientes. Me dediqué entonces á viajar, atravesé varios países, y en los confines del Indostan y fuera de ellos me sentí animado de una gran aversión contra el poder británico

establecido en la India. Cuando llegaba á los veinte años, me llamó mi padre y me devolvió su gracia. Entónces vi Europeos por primera vez, principié á contraer relaciones con ellos y llegué á estar suficientemente instruido en sus leyes y gobiernos. Hallándolos en general mas inteligentes, mas regulares y moderadas que las nuestras, abandoné las preocupaciones que contra ellos alimentaba, y me encontré dispuesto en su favor, porque me persuadí que con su administración se llegaría mas pronto y con mayor seguridad á mejorar á mis compatriotas. Obtuve la confianza de muchos y me la manifestaron en casos importantes. Mis multiplicadas discusiones con los bramanes respecto á la idolatría y á sus supersticiones, y mi oposición á la costumbre de quemarse las viudas á la muerte de sus maridos, reavivaron y aumentaron su animosidad contra mí, y su influencia sobre mi familia obligó nuevamente á mi padre á negarme abiertamente su favor, aunque en secreto continuó suministrándome el dinero que necesitaba.

» Muerto mi padre, creció mi osadía. Aprovechando entónces el arte tipográfico recientemente establecido en la India, publiqué varios escritos contra la idolatría en mi lengua nativa y en otras extranjeras. Estas publicaciones produjeron tal resentimiento contra mí, que al fin fui abandonado de todos, excepto de dos ó tres amigos escoceses á quienes siempre conservo el mas vivo reconocimiento.

» Lo que manifestaba en todas mis controversias no era una oposición al bramismo, sino una crítica de su corrupción, y me esforzaba en demostrar que la idolatría de los bramanes era contraria á la práctica de sus ascendientes y á los principios de los libros antiguos y de las autoridades á que ellos profesaban respeto y obediencia. Á pesar de la violenta oposición y resistencia que encontraron mis opiniones, muchas personas respetabilísimas entre mis parientes y los extraños principiaron á adoptarlas.

» Entónces sentí un vivo deseo de visitar la Europa y obtener por medio de una observación